

PREGÓN DE LAS FIESTAS DE CALAMOCHA DE 1983

Ramón Blasco Trasobares

CALAMOCHINOS:

Con la emoción de hallarme ante el que siempre consideré mi pueblo, y la gratitud hacia quienes han tenido la osadía de elegirme para mantenedor de sus fiestas patronales, comparezco ante vosotros, mis queridos y añorados calamoichinos, sin un bagaje que pueda parangonarme a mis ilustres antecesores en estas lides desde el puro ángulo de su valía intelectual y peso social; aunque, considerando que la acepción de «mantenedor» es una derivación eufemística de la de «pregonero», ésta y no otra avalaría la razón de mi designación.

Sería como si, después de una excedencia de casi cincuenta años, se me hubiera requerido para volver a pregonar «de orden del señor Alcalde».

El señor Alcalde ha hecho una semblanza de mi persona, ciertamente halagadora, y en la que ha pretendido justificar, con excesiva bondad, mi presencia en este acto por mi participación en determinados avatares de la vida de Calamocha.

Ha sido tan generoso que, quizá pensando en que podía herir el «ego» que todos llevamos dentro, ha omitido otras vicisitudes que son las que más me han vinculado a esta entrañable tierra y por las que adquirí el estilo y el carácter que ahora me permiten estar aquí.

Y no tengo más remedio que, abusando de vuestra tolerancia, completar el relato como un prólogo de este pregón, para situarme en una historia de hace bastantes años pero actual; que puede ser mi historia particular pero que sin duda es también pequeña historia de Calamocha.

Tenía yo apenas cumplidos los siete años cuando mi padre me transfirió el cargo de pregonero local. No me valieron lloros ni excusas, y desde entonces todas las mañanas,

apenas amanecido, había de levantarme para anunciar a golpe de corneta, por un larguísimo recorrido, las novedades en alimentación y vestido o las pérdidas o hallazgos que se producían en la localidad.

Al terminar esta tarea me esperaba otro kilómetro de distancia para poder llegar, con la lengua fuera, a la Escuela.

Este oficio de pregonero me abocaba a desasosiegos y controversias, porque, por una parte, sentía una honda sensación de ridículo, a veces por los propios textos del pregón que consideraba poco acordes con la persona seria y cabal que yo deseaba ser y, de otra parte, era una oportunidad que aprovechaba para demostrar públicamente que aun en aquel quehacer, calificado como bajo y vulgar, podían aparecer destellos de dignidad y prestancia. Al menos sí logré que me consideraran el mejor pregonero de todos los tiempos, y así me quedé ya para siempre con el sobrenombre de «Ramón, el pregonero».

Con todo, lo que me suponía mayor obstáculo eran las condiciones en que había de recorrer las calles en los amaneceres invernales, hasta con veinte grados bajo cero, sin abrigo y en pantalón corto, sin más resguardo que un tapabocas en el que el aliento formaba inmediatamente una costra de hielo; con las piernas y las manos amoratadas y la corneta que se enronquecía rota por una temperatura que ni ella aguantaba; con los dedos gordos de los pies asomando muchas veces por los rotos zurcidos de las débiles alpargatas; hasta llegar a una anhelada casa del arrabal en donde, compadecidos, me obsequiaban con unas crepitantes aliagas ardiendo en la cadiera que me permitieran reponerme para seguir la peregrinación. Otra vez a la calle, a tiritar y a terminar pronto, porque la Escuela esperaba a continuación. Y así un día y todos los días.

Mi vocación municipalista aparece ya desde esa niñez por el impacto que me produjo una persona excepcional: Regentaba entonces la Secretaría municipal don Víctor López Izquierdo, un hombre de pequeña estatura pero de grande vocación, totalmente entregado a los temas municipales. Mañana y tarde se le encontraba en su despacho. No era asiduo de ningún establecimiento público. De la oficina a su domicilio y algún paseo los festivos.

El hecho de que yo viviera en la propia Casa Consistorial me proporcionaba la oportunidad de observar a aquel hombre que me producía cierta admiración y al que, de alguna manera, fui convirtiendo poco a poco en mi prototipo.

Un buen día don Víctor me llamó para ver si, terminadas mis tareas escolares, quería ayudarle a repasar actas y papeles municipales. Sentí una enorme satisfacción porque aquella invitación me iba a suponer el trato frecuente con la persona a quien admiraba, y así se inició algo que me empezó a encandilar. Todas las tardes, al regreso de la Escuela, comparecía ante el Secretario municipal, ávido de conocer los entresijos de un mundo que iba llamando mi atención y por el que apuntaba un interés creciente.

Con don Víctor empecé a conocer cómo funcionaba un Ayuntamiento. Aquél me hacía leer los borradores de las actas de las sesiones para corregir estilo, y me indicaba

con meticulosidad los requisitos que debían cumplir estos documentos, los más importantes, —decía—, de un Municipio. Don Víctor tenía siempre la mesa limpia de papeles, y exclusivamente aparecían en ella aquellos con los que estaba trabajando. Hacía del orden un verdadero rito, y decía que la acumulación y mezcla de papeles denotaba confusión real y personal.

En la misma época, mi padre preparaba a un grupo de muchachos en el arte de Tersicore, y todas las noches acudían éstos a mi casa para dar las lecciones. Yo hube de integrarme enseguida en ese grupo, y como uno más, comparecía ante mi padre para canturrear la escala musical, con el deber de saberla mejor que ninguno, porque era a mí a quien más se le exigía, por aquello de ser el hijo del maestro.

Con todo, a la edad de las canicas, yo había acumulado cuatro deberes que me robaron todo el tiempo para dedicarme a niño: pregonar, ir a la Escuela, ayudar al Secretario municipal y aprender música. La consecuencia fue lógica: me pasó de largo la convivencia y confrontación con los demás niños y, cuando quise darme cuenta mi niñez había volado.

Realmente, a mí no se me ocurría entonces que mi obligación era la de jugar a niño y no a mayor, pero es que si en la niñez tuviéramos oportunidad de ser mayores, es seguro que la aceptaríamos como un gran regalo, aunque luego hubiéramos de arrepentirnos.

Y aquí pongo punto a esta descripción de un tiempo que fue decisivo para mí y que se refiere a una etapa que recuerdo con especial cariño; pidiéndoos perdón por la subjetividad.

No es mi propósito, por otra parte, remontarme a los orígenes y evolución de la Albónica de los romanos o la Castelmocha —el Castillo Mocho— de los árabes, porque ya ha sido desarrollada aquí en anteriores ocasiones y por personas mejor capacitadas que yo para hacerlo. Pero sí me vais a permitir que me acerque en la historia a la época que, en buena parte, es la gestadora de la Calamocha actual. Y hay que decirlo precisamente en donde escucha un buen grupo de sus protagonistas junto a los que, por inextinguible ley de vida, serán nuestros sucesores.

Ya van resultando remotos aquellos difíciles tiempos que muchos de vosotros habréis de evocar y que vivimos juntos, compartiendo penas y alegrías, cultivando ilusiones de futuro y compaginando el trabajo ya desde la infancia con las ansias de saber y de superar las dificultades que nos permitieran proyección hacia metas mejores.

Hay que recordar, pues, la Calamocha de cuando los hoy llamados «carrozas» pisábamos sus barros y teníamos que romper el hielo en las palanganas para lavarnos la cara en un agua que acarreaban nuestras madres, a cántaro o a pozal, desde la más próxima acequia o río, o como gran privilegio sacaban tirando de la sogá del pozo propio.

Cuando el teléfono era una utopía y costó tantos sudores de muchos lograrlo, teniendo que comprar kilo a kilo el cobre para la línea.

Cuando el inclemente sol de las eras caía sobre los cuerpos de los hombres del campo que con el trillo romano obtenían el grano que nos permitiera a todos comer el pan de «pintera» o la rica cañada.

Cuando esos mismos labradores tenían que coyundar su mulo con el del pariente o el amigo para labrar sus escasas tierras doblando la espalda de sol a sol.

Cuando los propios niños de las Escuelas de don Alejandro Gargallo, don Ricardo Mallén, don Agustín Vicente y don Miguel Ibáñez, profesores de imborrable memoria para muchos de nosotros, tenían que complementar sus actividades escolares con a veces duras tareas de la casa o de la ocupación del padre.

Cuando los obreros de la fábrica de Daudén, tras una jornada de trabajo disciplinado y monótono, habían de seguir también ayudando en otros menesteres a sacar adelante sus hogares.

Cuando había que combatir las endemias y las epidemias, derivadas especialmente de una contienda fratricida, generadoras del hambre y la desnutrición con los cien gramos de pan al día y un litro de aceite, un kilo de azúcar y medio de jabón al mes.

Cuando las sandalias eran los parientes ricos de la alpargata y la albarca, y el par de zapatos era un lujo de fiestas.

Y junto a todo esto, también hay que evocar con legítima nostalgia aquellas famosas Ferias de Todos los Santos, con la policromía de los tratantes de toda clase de ganado que abarrotaban el ferial y las calles, gentes de blusa, de pana y de tapabocas, mezclados con curiosos de todos los orígenes y haciendo corro en los freideros de aquel rico abadejo que era un ritual indispensable de la feria.

Y las cofradías de San Antón, San Isidro, San Roquico y Santa Bárbara... con sus fiestas y sus Mayordomos dadores del «gasto», acompañados de la Banda Municipal de Música de especial memoria para mí.

Y en el centro de todo eso, el esfuerzo perseverante de esos calamoichinos, hoy en la tercera edad de su vida, que sacrificaron todo por legar a sus hijos las realidades de hoy.

Surge permanentemente la fotografía mental del paisaje urbano de Calamocha, tantas veces pisado por mí en sus plazas, calles y callejones: desde la Plaza de España que también fue de la Constitución, las calles de los Santos, la Hilarza, la Morería, el callejón de las Monjas, el Coso, el Barrio Nuevo, la Balsa, el Cañarejo, la Balsilla, la calle Real, el Rabal, el Barrio Verde, la Poza, el Ingenio, el Santo Cristo, la calle Nueva y la de las Escuelas, los Barrios del Bao y de la Estación Vieja, el Cuartel Viejo y la antigua Cerrada de Sancho, hoy testigo de la expansión urbanística de la Villa con nuevas vías que dan fe del espíritu emprendedor de un pueblo que nunca quiso parar su reloj y eligió el camino del progreso.

Calamocha ha mantenido su solar material al día de la modernidad y, además, ha lanzado al exterior una brillante pléyade de hijos, muchos de ellos formados a sí mis-

mos, que son figuras destacadas en los campos del saber y del trabajo humano. En cualquier lugar de la geografía universal encontraremos algún calamochino ilustre que nunca renuncia a su origen y a los que algún día habrá de rendírseles el homenaje que merecen.

Y también es justo decir que el calamochino no está excluido de esa catalogación de los siete pecados capitales que el historiador Díaz Plaja atribuye a los españoles. No hay por qué ocultarlo aquí y ahora: Sólo quien es capaz de reconocer sus defectos puede tener la valentía de luchar contra ellos. Por el contrario hay una virtud que he de destacar. Por mi dedicación profesional, que me ha permitido visitar la casi totalidad de los municipios de Aragón, conociendo a sus gentes, puedo ser especial testigo de algo que raya en lo excepcional y que distingue al calamochino: Su absoluta predisposición a integrar inmediatamente a los que vienen de fuera, haciéndoles partícipes de los afanes de esta comunidad e incluso otorgándoles puestos de responsabilidad y decisión en la misma. Nadie puede sentirse aquí extraño. Y en esa línea de apertura y acogimiento se ha de continuar para ejemplo de un mundo que parece aspirar a la locura del clasismo y el aislamiento.

Tener presente también que Calamocha siempre fue, no sólo su estricto perímetro de término municipal, sino el quehacer de una comarca que confluyó y se integró en un común afán de convivencia, por encima de la fusión legal de Municipios, que antes ya de la incorporación eran una comunidad espiritual singularmente identificada.

Collados, Cuencabuena, Cutanda, Lechago, Luco, Navarrete, Nueros, Olalla, El Poyo, Valverde y El Villarejo, estén o no formando un solo Municipio, que esto será siempre una solución política accidental, han participado y lo seguirán haciendo de una realidad fáctica incuestionable: su pertenencia, junto a otros municipios, a una comarca con lazos comunes que los identifica y que espontáneamente afloran cuando se pregunta a los originarios de estos núcleos fuera de su ámbito y responden que ellos son de Calamocha.

Todos juntos, calamochinos de nacimiento y de adopción o de opción, hemos de trabajar por el presente y por el futuro. Partiendo ya de una situación de equilibrio de estructuras que, acaso sin planearlo, se ha logrado en este Municipio, en donde los sectores agrario, de servicios e industrial comparten la actividad de la población, hay que seguir adelante con dos objetivos fundamentales y prioritarios: la cultura y la sanidad.

Mucho se ha hecho en la implantación de los servicios primarios e incluso secundarios. Pronto será una espléndida realidad la nueva Casa Consistorial que acogerá dignamente a quienes en el aspecto político y administrativo han de estar al servicio de la Villa, a la vez que servirá de prestigioso escaparate del rango que ella merece a los visitantes oficiales y privados. No puedo sustraerme al recuerdo del antiguo edificio en el mismo solar, que fue la casa de mi niñez y de mi juventud inicial, testigo de grandes tristezas y grandes alegrías, entre las que destacar la prematura muerte allí de mi madre y mi ubicación final como Secretario en donde antes desempeñé las más modestas ocupaciones.

Pero sigamos adelante: el logro más importante de todos los tiempos son los Centros que imparten educación y cultura. Y aquí Calamocha ha dado pasos de gigante: desde el magnífico Colegio Nacional de Enseñanza General Básica, la Escuela de Formación Agraria al Instituto Nacional de Bachillerato, conquista esta última que ya precisa afortunadamente de una ampliación.

Todo lo que signifique cultura a todos los niveles ha de ser defendido con uñas y dientes, y potenciado permanentemente. Sólo perduran y progresan los pueblos que se preocupan de cultivarse. Y etimológicamente «cultura» es «cultivo». Alimentar el intelecto es trabajar por el futuro; por un futuro de entendimiento y de concordia, de convivencia y de progreso, buscando la solidaridad.

Solidaridad. Práctica que al español le es difícil ejercer y que, sin embargo, es necesaria para acometer las grandes realizaciones.

Estáis a punto de inaugurar la Casa de la Cultura. Ahí está ya como magnífico logro. Una instalación que debe enorgulleceros a los calamochinos. La mejor instalación que yo he visto incluso en poblaciones demográficamente superiores a ésta. Tenedla siempre llena de contenido para que cumpla los fines que la exigen.

El otro objetivo urgente es el de la sanidad. Calamocha necesita, sin demora, por su importancia y su ubicación, de un Centro Sanitario que permita la asistencia y hospitalización de la que hoy carece y que evite los frecuentes y penosos desplazamientos, siempre en condiciones de angustia de la población afectada. No se puede desfallecer en el intento de lo que es otro de los pilares vitales del progreso de la Villa y su comarca. Causa sorpresa recordar que cuando Calamocha era una población de poco más de dos mil habitantes llegó a tener hasta tres médicos: los Doctores Caja, Moneva y López-Franco, y ahora parece, cuando la proliferación de profesionales en paro es angustiosa, que se le discute incluso el derecho a tener una mejor asistencia inmediata.

Unidos todos, junto a los legítimos representantes municipales, deben y pueden lograrse los objetivos que apuntamos. Pero atención: todo esto no puede dejarse a la exclusiva responsabilidad de los que rigen la administración municipal, olvidándose de que a todos afecta.

Se tiene, en general, una idea equivocada de lo que es un Ayuntamiento, tanto por los que ostentan los puestos de responsabilidad del mismo como por los que les han entregado su representación. Y conste que esto no es exclusivo de Calamocha, sino que se repite en toda la geografía nacional.

Los miembros de una Corporación municipal no son los detentadores de una parcela de poder, sino los servidores de una comunidad llamada Ayuntamiento, que tienen como misión concreta trabajar por la consecución de las aspiraciones ideales de una Agrupación de personas que residen en un territorio identificado: el Municipio. Y servir es sacrificarse, gastarse por los demás sin otra compensación que la satisfacción anímica de haber aportado los talentos que no son gratuitamente dados.

Pero para mantener esa disponibilidad se necesita el alimento permanente de otra disponibilidad: la de los demás beneficiarios que, en el frío lenguaje administrativo reciben el nombre de administrados.

Nada hay más triste que sentirse solo. ¡Y cuánta soledad se siente cuando en tus afanes y en tus entusiasmos no recibes el calor y la ayuda de los demás!

Permitidme que os pida con verdadera ansiedad vuestra colaboración con el Ayuntamiento, para llegar a metas que todos pretendéis y no sólo para conseguir las realizaciones materiales sino para mantenerlas y mejorarlas.

Somos ciertamente propensos a la indiferencia y a la apatía, creyendo que las obligaciones y la resolución de los problemas son sólo de los demás, y eso no debe ser así. En un municipio participan todos, porque para todos son sus mejoras y sus servicios. Los administradores tendrán que estar en la primera línea, pero los administrados son la retaguardia que ha de abastecer con entusiasmo y sin desmayo a esa primera línea en la batalla del bienestar de los pueblos. Y no olvidéis que en las batallas obtiene la victoria quien mejor retaguardia tiene.

Situándome, por otra parte, en otro plano que excede de lo local, pero que también nos afecta, no puedo sustraerme a la preocupación, rayana en el desencanto que a los españoles de a pie nos está embargando en estos tiempos, originada por los desconcertantes cambios de rumbo que están ofreciendo en el panorama nacional los representantes democráticamente elegidos.

Creo que alguien, quizá demasiados, están ignorando el fundamento de su elección. El pueblo los puso en el puesto que ocupan para que se dedicaran a buscar solución a los problemas de la colectividad, y esa colectividad observa perpleja, y a veces hasta angustiada, que lo que ha pasado a primer plano es una constante toma de posiciones para conseguir beneficios personales; traducidos unas veces en ambición de mando, otras en mejoras económicas, cuando no la coincidencia de ambas.

Con toda la claridad y crudeza que caracteriza a un aragonés, habría que llamar la atención a quienes dicen tener vocación política, para repetirles una y mil veces que, si es peligroso defraudar en todos los órdenes, es especialmente arriesgado cuando el fraude afecta a la ilusión y a la confianza.

Yo he dicho en muchas ocasiones que todos tenemos no sólo el derecho sino la obligación de equivocarnos, aunque sea para confirmar nuestras limitaciones humanas; pero las equivocaciones han de ser limpias de mente, de corazón y de manos. Han de ser solamente equivocaciones, producto de nuestro deseo de hacerlo lo mejor posible. Lo otro, las otras clases de equivocaciones, tienen otro nombre que no es necesario expresar porque está en la mente de todos.

Los errores limpios se olvidan sin esfuerzo. Los errores acompañados de intereses personales y materiales, no son ya tan fáciles de olvidar y, por supuesto, son de justificación imposible.

CALAMOCHINOS:

Volvamos al optimismo y a la ilusión, y recibid con ese talante este mensaje, que tiene un especial destinatario: el futuro.

Y el futuro es de la juventud, una juventud que hoy, en este acto, tiene su representación, una bella representación en Paquita, la Reina de estas Fiestas, y en las dos Anas, en Encarnita, en Mercedes, en Mari y en Rosario, las Damas.

Expresión viva y pujante del presente ya y de ese futuro que va a ser para ellas y para ellos: los jóvenes, a quienes queremos legar unas bases de partida mejores que las que a nosotros nos fueron entregadas, traspasándoles la antorcha del trabajo y del esfuerzo, pidiéndoles que sean comprensivos con nuestras carencias, pero que tengan el convencimiento de que nos esforzamos por dejarles un Calamocha en el que la ilusión nunca se apague y en el que la vida sea más digna y agradable.

Para iniciar con esa predisposición lo que pide este mensaje de futuro, nada mejor que asistir a unas fiestas que yo os pregonó así:

«D'orden del señor Alcalde
 vos tengo que hacer saber:
 Que desde este mesmo instante
 la fiesta se va a emprender;
 que vos divirtáis vos digo
 sin mayor preocupación,
 que descansís de poblemas,
 de «letras» y de escasez.

Olvidarus de trebajos,
 de penas y de gabelas
 que la Virgen y San Roque
 dirán que son triquiñuelas.
 Y hasta nuestro San Roquico
 ese Santo singular
 que nadie sabe si es padre
 agüelo, hijo u pariente
 del San Roque prencipal;
 pero que es calamochino
 de nacimiento tal cual
 aunque no fegure iscrito
 en el largo Santoral.

Estar alegres en casa,
 en las calles y en el Bar,
 cantar y bailar la jota
 que es el himno regional.

Acudir todos junticos
 a los festejos que habrá,
 a los desfiles, los fuegos,
 las rondallas y a danzar,
 a todas las musiquillas
 y a la custión cultural.

Que nadie se ponga malo
 porque tiempo no tendrá
 que son las fiestas del pueblo
 y pa'eso no habrá lugar.

Que las peñas y peñicas
 y la gran Peña «La Unión»
 serán hervidero, maños,
 de gentes de gran tesón,
 que llevan a Calamocha
 dentro de su corazón.

Y todo eso vos lo pide
 cumpliendo su obligación
 aquel que fue pregonero
 y os quiere a todos,

RAMÓN